

LA BELLEZA REBELDE

Sobre la arquitectura de Miguel Fisac

PUBLICADO EN

Arquitectos 135. Madrid, 1994

ABC. Madrid 15 agosto 1996

La Idea Construida. Ed. COAM. Madrid, 1996

Fisac, CSCAE. Madrid, 1997

La casa del agua. Ed. Ministerio de Fomento. Madrid, 2003.

Textos Críticos. Ediciones Asimétricas. Madrid, 2017

LA BELLEZA REBELDE

Sobre la arquitectura de Miguel Fisac

Introducirse en el laberinto de aire humanizado que es la Arquitectura de Miguel Fisac tiene la grata recompensa de volver a descubrir algo que ya muchos sabían y que un tiempo ya largo y un silencio demasiado dilatado nos habían ocultado. Una Arquitectura por encima del tiempo. Un Arquitecto profundo, constructor de pensamientos. Una persona íntegra de radical coherencia.

Decía Ángel Ferrant que "todo está dicho ya, pero como nadie escucha, es necesario empezar continuamente", y esta apreciación tan certera de la realidad española, en todos los campos, se cumple de manera indudable en el caso de nuestro arquitecto. Y es ésta una buena ocasión de volver a colocar a Fisac en el sitio que le corresponde.

Si hubiera que calificar la belleza de la arquitectura de Fisac, yo la adjetivaría de rebelde. Con la rebeldía que supone la creación profunda por encima de las modas, sin atenderlas. Con la rebeldía que supone el hacer una arquitectura cimentada en el pensamiento, en un tiempo en el que la superficialidad parece triunfar desde los frívolos escaparates de las numerosas revistas que acosan a los arquitectos.

Siempre parte Fisac desde el pensamiento, siempre hay razones para explicar su obra. La forma, las formas, son siempre decisiones que unos resuelven de la mano de la moda y otros, y es el caso de Miguel Fisac, de la mano del pensamiento. Hay razones para la forma de pagoda de los Laboratorios Jorba. Son claramente explicables las formas de los hormigones vaciados en sus "encofrados flexibles". Hay una lógica evidente, casi pedagógica en sus "huesos". Un dechado de razones.

Y si la Belleza ha sido, es, y será siempre la única y verdadera y peligrosa revolución, ante esta sociedad que ha apostado por la estabilidad mediocre, Miguel Fisac se ha erigido en artífice de esta Belleza rebelde.

ARQUITECTO DE ARQUITECTOS

Como una maldición gitana, alguien vaticinó a Fisac que nunca sería un "arquitecto de arquitectos". Aquel como "mal de ojo", con el que algunos nunca estuvimos de acuerdo, afortunadamente nunca se cumplió. Y ahora el encantamiento ha quedado definitivamente roto con esta Medalla de Oro que los arquitectos, precisamente ellos, le han concedido.

Me viene a la memoria una preciosa anécdota de Yehudi Menuhin. Todavía jovencísimo, el entonces prometedor violinista hizo su primera aparición pública en un concierto. Al terminar, el auditorio, puesto en pie, aplaudió enfervorizado. Pero, y eso fue lo mejor, los músicos de la orquesta, también en pie, también arrebatados por el genio, aplaudían vencidos por la Belleza. Para Menuhin, eso -el aplauso de los músicos- fue lo verdaderamente importante. Que le reconocieran "los que verdaderamente entendían de esto".

Es el reconocimiento de los arquitectos, de "los que verdaderamente entienden de esto" lo que da profundo sentido a esta distinción a Miguel Fisac.

Y este reconocimiento viene a sumarse al que ya tiene desde hace tanto tiempo, en algunos medios internacionales. Desde aquella Medalla de Oro que le concedieran en Viena en 1954 por la iglesia de Vitoria, o sus ponencias en Estocolmo a raíz de los "huesos" en 1982, hasta la más reciente exposición antológica en Munich del pasado año, que actualmente se exhibe en Weimar adonde irá Fisac próximamente a impartir docencia.

HISTORIA, LUZ Y HUESOS

Podríamos tratar de enmarcar la arquitectura de Miguel Fisac en tres períodos. Aunque tanto él como sus edificios se resistan a cualquier tipo de clasificación o etiquetas.

La sabia lectura de la Historia y su inteligente destilación le llevan a producir sus primeras obras, tan interesantes, y más aún leídas desde ahora, cuando en tan pocos años han pasado tantas cosas y tantas modas, demasiadas, en la Arquitectura. Es la época de los edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de 1942, y del Instituto de Óptica, de 1948.

Su prodigioso dominio de la Luz, materializada en esas sabias articulaciones de muros rectos y curvos sobre los que saja las rajadas precisas para que la luz penetre y tense mágicamente el espacio, preside el tiempo en que levanta sus más conocidas iglesias. Desde las Arcas Reales de Valladolid, de 1952, los Dominicos de Alcobendas, de 1955, y la Coronación de Vitoria, de 1958, hasta la más reciente Flor del Carmelo, de 1992, pasando por Santa Ana, de 1965, ambas en Madrid.

Y un tercer período en el que el entendimiento profundo de las nuevas tecnologías, que le lleva a inventos tan aplastantemente lógicos como los "huesos" o los "encofrados flexibles", se manifiesta en obras tan "actuales" como el Centro de Estudios Hidrográficos de Madrid, de 1960, o las Bodegas Garvey de Jerez y el edificio de IBM de Madrid, de 1967, o la Casa de la Moraleja, de 1973.

La constatación de las fechas lleva a la consideración de que muchas de las obras de Fisac hechas ayer podríamos entenderlas como hechas hoy, o mañana. Una arquitectura que se resiste a ser fechada, que pasa por encima del tiempo. ¿No es esa una característica clara que siempre tienen las más altas creaciones de la Humanidad?

Porque Miguel Fisac es tan personal, tan "genial", que cuando los mejores arquitectos en los años 50 hacían "racionalismo" él hacía otra cosa: una arquitectura espléndida de difícil etiquetación. Rebelde. Revolucionario. Libre. Y si ese período de aquellos arquitectos de posguerra que se pusieron en pie de modernidad se ha calificado, creo que, con justicia, de heroico, yo me atrevería aquí a proponer que lo que Fisac hizo es algo muy propio de él: "el más difícil todavía". Ser heroico dentro del grupo de los héroes. Ser rebelde dentro del grupo de los revolucionarios. Ser libérrimo dentro del grupo de los libres.

LA MÁS BELLA CANCIÓN

Y es que Miguel Fisac ha seguido su propio camino, ha hecho su propia arquitectura, ha tocado su propia canción, la más bella canción. Como se relata en un breve cuento de Max Bolliger: Hubo una vez un rey que, habiendo oído en sueños la preciosa canción de un pájaro desconocido, mandó a su pajarero, bajo terribles amenazas, incluida la muerte, que lo atrapara para él. Imitando con su flauta su sonido, el pajarero fue atrapando los pájaros más melódicos, cuyo trino ¡nunca! coincidía con el canto soñado por el rey. El último día del plazo señalado, el pajarero, desolado, cogió su flauta y tocó, dispuesto a morir, su propia canción y ¡oh sorpresa! el rey reconoció en ella la melodía soñada. Y perdonó y dió la libertad al pajarero flautista y, con él, a todos los pájaros del reino, y se celebró una gran fiesta.

Pues ésa, su propia canción, la más bella canción, es la que siempre ha tocado, con toda su arquitectura y con toda su alma y con toda su vida Miguel Fisac. Y con ella, con su propia arquitectura, ha conseguido el don más preciado, el de la libertad. Libertad imprescindible para un creador, un arquitecto, que ha logrado con su obra la más bella y rebelde Arquitectura.